

Sebah, el Duende de Epoxi

Al otro lado de la verja del jardín de Lyda, junto a una laurisilva que le daba sombra los atardeceres de verano, crecía una buganvilla. Estaba cubierta de flores de un rosa fuxia, y era muy muy hermosa. A Lyda le gustaba pasear por ahí. Se acercaba, y pasaba rozando la palma de su mano abierta con las incontables flores. A menudo se había sentido tentada a arrancar alguna de aquellas flores, pero le daba tanta pena, que jamás se había atrevido.

Aquella mañana, Lyda salió a dar uno de esos paseos. Fue recogiendo algunas flores por su camino. A pesar de que no había hecho unos días demasiado buenos, el campo estaba cubierto de pasto, musgo y florecillas silvestres. Las tenía ya de todos los colores. Cuando llegó ante la rebosante buganvilla, cayó en la cuenta de que no llevaba ninguna de color rosa, y pensó que si se llevase una aquel día, como única excepción, sería la más bonita del ramo. Llegó ante la buganvilla y extendió la mano, pero en el momento en que acarició la florecilla fuxia, algo se movió tras la planta. Lyda se asustó tanto, que no pudo ni moverse. Debía haber algo ahí dentro, junto a la verja de su jardín. Entonces, al pensarlo, dio un paso atrás, cuando la planta se agitó de nuevo. En principio pensó que se trataría de Assissa, la gata que vivía en los alrededores, pero después supo que no, pues creyó ver algo: una criatura blanca corriendo por el suelo, hasta colarse entre las lanzas metálicas que separaban el bosque de su jardín.

Aquello, fuese lo que fuese, se había colado en su casa. Corrió hacia su puerta, bajo los dos árboles, y entró. Dejó el ramo de flores silvestres sobre la cama, y se dirigió directamente al jardín. En el umbral se detuvo, corrió la cortina, y observó si algo se movía. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio algo corriendo por su pasto hasta la fuente del centro. Debía haberse detenido tras ella. Lyda avanzó despacio, calculando. Si era un animal pequeño, no le asustaba, no tendría más de palmo y medio. Y si era alguna otra de las criaturas del bosque, el hallazgo le parecía más que interesante. Se acercó a la fuente, que consistía en una columna grisácea y fría que alzaba una gran pila, llena de un agua verdosa en la que vivían unos nenúfares. Y cuando estaba a un paso, lo vio claramente. Era un duende larguirucho y de brazos cortos, vistiendo

unos harapos como si se disfrazara de momia, que corría huyendo de ella. Se movía muy rápidamente en un danzar ridículo, moviendo la cabeza de un lado a otro. Iba descalzó, pisoteando las tiras de su harapos, directo a la verja y la huida, cuando Lyda le gritó.

- ¡Detente. No te haré nada!

La criatura, acelerando por miedo al grito, no calculó entre lanza y lanza de la verja, y se chocó dándose un coscorrón en la cabeza. Cayó al pasto, llevándose sus manazas a la nariz. Lyda corrió hasta él, que intentó escabullirse, pero ésta le dio alcance al vuelo, pues ya estaba saltando.- Te tengo.- Gritó ella sonriendo.

- No sé nada. No te diré nada.- Se quejó la criatura entre intentos por escapar de sus manos. Pero ella no le soltó.

- Tranquilo. No te haré nada. Sólo quiero hablar contigo.

- Ya. Claro, como él, ¿verdad? Él también quería hablar... Y mira, me tiré encerrado en su jaula tantos años...- Y se puso a llorar. Dejó de forcejear por escapar, y se llevó las manos a la cara. Le cayeron lágrimas como si fueran ríos caudalosos, Lyda hasta se asustó y lo soltó. Y la pequeña criatura quedó sentada dándole la espalda. Pasó ahí unos minutos, hasta que se formó un charco alrededor suyo, y cuando sus ropas de momia estaban ya empapadas, de pronto se cayó. Se giró de un salto, aun sentado, y quedó con las piernas cruzadas frente a Lyda.

- Por cierto, ¿en qué año estamos?- Le dijo mirándola fijamente.

- ¿Qué?- Respondió Lyda.

- Sí, el año. Vamos, dímelo.- Calló un momento, y al no hallar respuesta alguna de la incrédula chica, continuó.- Bueno, me has gustado. Creo en ti. No tienes ni idea de lo que soy, así que puedo confiar en ti. Dime, ¿en qué año estamos?

- Mil ciento setenta y ocho, creo. Nunca me he preocupado demasiado de ello.- Lyda se encogió de hombros.

- ¡Doce años! ¡Me ha tenido encerrado en esa asquerosa jaula doce años!- Y volvió a estallar en lágrimas como ríos.

Lyda lo observó en silencio un rato, mientras él lloraba, hasta que no pudo evitar preguntar.- ¿Qué cosa eres?

La criatura dejó de llorar al instante, y levantó la cabeza mirándola fijamente. Carecía por completo de frente y tenía unos ojos naranjas prominentes, bajo los cuales descansaban unas tremendas bolsas. De entre

ellas, nacía una nariz enorme, que le tapaba los enormes mofletes. Tenía una mata de pelos blancos a modo de barba que le salían por el cuello del disfraz de momia, y se cubría la cabeza con un trapo. Las orejas puntiagudas le crecían por dos orificios del trapo blanco, perpendiculares a la cabeza.

- ¿De verdad, no sabes lo que soy?

- No.- Respondió Lyda encogiéndose de hombros.

- Mejor. Porque yo sí sé lo que eres tú. Eres una bruja. Y una bruja con alguien como yo puede hacer cosas muy malas. Podrías utilizarme para fines macabros, y yo acabaría así para siempre.

- ¿Qué?

- Eres realmente ignorante, ¿verdad? Soy un duende de epoxi.- Y bajó la cabeza, como dejando clara su posición en la conversación. Pero ante la cara perpleja de Lyda, el duende continuó, fastidiado.- Somos un pueblo muy antiguo, ¿sabes? Nacimos con el Mundo, y desde hace tiempo que nos asentamos en estas tierras. Yo llevo encerrado en la jaula mucho tiempo, y todo por lo que soy...

- ¿Y por qué estuviste en esa jaula tantísimo tiempo?

Él quedó callado, pensando como contarle sin revelar su secreto.- Hay muchos tipos de duendes de epoxi, todos tenemos un papel en cada vida. Unos son duendes soñadores, y provocan los sueños más bonitos en los que duermen; otros son creadores, e inspiran a los artistas para crear sus más bellas obras; algunos son capaces de hacer surgir el amor más profundo y duradero, uniendo las dos almas más dispares en dos amantes; o los curanderos, que hacen sanar al más grave de los enfermos... Siempre rondamos por ahí, escondidos, tratando de llevar a cabo ese papel que tenemos en la vida. Siempre es uno y es nuestra razón de vivir.- Lyda asintió, creyendo comprender.- Cuando un duende de epoxi alcanza su meta, cumpliendo su papel, muere, y entonces renace otro duende en alguna parte. Es cuando comienza su nueva vida, con otro papel que seguir. Y por eso estaba yo ahí, en la jaula, por mi papel. Porque él quería hacer conmigo algo horrible, que no ha conseguido.- Y sonrió, aliviado. Hasta suspiró.- Y es que yo soy muy importante, ¿sabes? Mi papel en esta vida es hacer grandes cosas.- Ella iba a preguntar, pero él no le hizo caso y continuó elevando el tono para cortarla.- Y él, conmigo en sus manos, podría hacer mucho daño. Para mi bien, he escapado.- Sentenció afirmando.

- ¿Qué podría hacer?- Preguntó Lyda.

- Algo horrible.- Desvió él.- Y sería fatal para mí. Los duendes de epoxi que erran al cumplir su papel en la vida, si algo sale mal, no muere, queda siempre en una forma viviente de la que no puede escapar...- Y se echó a temblar de pensarlo.- Sería un muñeco toda mi vida.

- Pero... ¿Cuál es tu papel en tu vida, Sebah?

Él que ya estaba listo para echarse a llorar otra vez, quedó muy serio.- No te lo voy a decir. Podrías desatar mucho mal en el Mundo.

- Yo no haría eso.- Señaló tajante Lyda.- No te haría daño.- Él se quedó pensando. - De verdad. Intentaría ayudarte.- Y le sonrió.

- ¿Intentarías ayudarme?

- Prometo no hacerte daño.

- Bueno. Te lo diré si me prometes otra cosa.- Lyda asintió.- Tienes que ayudarme a cumplir mi papel, y a esconderme de él.

- Claro.- Dijo ella sonriente. Habían hecho un trato.

- Soy un duende invocador.- Y se creó un silencio, en el que Sebah trató de intuir si ella estaba comprendiendo el alcance de los hechos.- Hay duendes cuyo papel en la vida es tan simple como hacer reír a alguien, otros que es ayudar a canalizar la magia de un mago, como los mágicos. Y hay invocadores, como yo, que deben invocar un demonio en este mundo. ¿Lo entiendes, Lyda? Alguien como yo en las manos de una bruja es arma poderosa, así que si vas a hacer algo conmigo, hazlo bien, o yo quedaré así, para siempre.- Ella no supo reaccionar.- Hay mucho en tus manos ahora.

Sebah, el Duende de Epoxi
Lyda de Lis. Historia de una estatua de piedra
Memorias Olvidadas
Darka Treake
www.modt.net